

EL CULTURAL

17-23 de junio de 2022

2€
elcultural.com

Criados y señores

Los secretos del servicio *made in Britain*



La lectura de *Nunca delante de los criados*, el libro que revela las miserias de la relación entre los ricos y sus sirvientes, nos lleva a recordar novelas, películas y series de televisión

Alice Munro
Las mujeres rebeldes de sus relatos inéditos

Alberto García-Alix
Otra luz para los maestros del Prado

Festivales de Jazz
Los ritmos más inflamables del verano

Jonás Trueba
Una invitación: *Tenéis que venir a verla*

Criados y señores



CRIADOS Y
SEÑORES DE
GOSFORD PARK
(ROBERT
ALTMAN, 2001)

La oscura historia de los sirvientes y sus amos

El éxito de series como *Downton Abbey* o la legendaria *Arriba y abajo* ha idealizado las complejas relaciones de los grandes señores ingleses de los últimos siglos y su servidumbre. El Cultural se asoma hoy a su lado más oscuro, y más real, a través de *Nunca delante de los criados*, un clásico de Frank Victor Dawes que acaba de recuperar Periférica y que recoge testimonios reales de antiguos empleados, más cercanos a aquella sirvienta de la película *Gosford Park* –que decía “soy la criada perfecta. No tengo vida”– que al legendario Jeeves de P. G. Wodehouse. Además, revisamos la literatura, el cine y las series que abordan el tema de la mano de nuestros especialistas.

El rescate de *Nunca delante de los criados* (Periférica), publicado originalmente hace casi medio siglo, obedece a las mismas razones que llevaron a su autor a concebirlo y publicarlo a comienzos de la segunda mitad del siglo XX, en la década de 1970. Entonces, en Reino Unido y Estados Unidos había prendido el éxito de *Arriba y abajo*. Asombrado por su popularidad y presa de la curiosidad por un mundo de relaciones victorianas que su propia madre había padecido como sirvienta, el periodista Frank Victor Dawes se propuso indagar más en ese universo de desigualdad y vasallaje adornado de buenos modales y de jerarquías asumidas. El mejor de los mundos y el peor de los mundos que Dickens había retratado con afán de denuncia se había filtrado como estampa típica de un mundo añorado, algo que a Dawes; que llegó a ser director de informativos y productor de BBC Radio, le sorprendía. Frente a esa idealización, “¿qué pensaban [...] los equivalentes en carne y hueso de Hudson y la señora Bridges?”

Esa curiosidad le llevó a concebir un libro sobre el servicio y su evolución en el tiempo en Reino Unido y a enviar una carta al director del *Daily Telegraph* pidiendo testimonios reales de todo tipo de sirvientas y criados. Su intención era completar el libro con experiencias personales para “aligerar las estadísticas y las tesis sociales”. Según cuenta Dawes, en aquel momento “el número de personas que trabajaban en ese sector en el Reino Unido había descendido a menos de cien

mil (sin incluir *au pairs*), una cifra muy alejada del casi millón y medio de criados que hubo en los últimos años del reinado victoriano, e incluso hasta 1931”. La Segunda Guerra Mundial lo cambió todo, pero hasta 1939 “ninguna casa de las afueras de Londres podía considerarse verdadera clase media si no tenía una doncella interna”. Hoy se vive un interés similar —y una idealización parecida— con series como *Downton Abbey*, pero la figura de los refinados y discretos sirvientes o criadas británicos forman parte de la idea que cine y libros han trasladado con profusión en las últimas décadas.

Tras el éxito de *Arriba y abajo* se produjo una paradoja que también estimuló a Dawes a concebir este libro, y es que, según informa en la introducción, en el momento en que investigaba, no eran los de abajo quienes mostraban interés en los de arriba y su estilo de vida suntuoso, sino más bien al contrario, como se podía comprobar en el interés de los productores: “los sirvientes protagonizaban series de televisión y los entrevistaban en los suplementos de los periódicos más importantes”. Por su parte, “las criadas del escalón más bajo, que leían folletines baratos sobre idilios aristocráticos a la luz de las velas en buhardillas atravesadas por corrientes de aire, se habían convertido en objeto de un interés compulsivo por parte de sus superiores”. Y, al mismo tiempo, “los parientes de los nobles escribían eruditos ensayos sobre las niñeras”.

Dawes comienza el libro con estadísticas llamativas sobre



WILLIAM HOGARTH: HEADS OF SIX OF HOGARTH'S SERVANTS (LOS SIRVIENTES DEL PINTOR), H. 1750-55 (TATE BRITAIN, LONDRES)

todo ese ejército de sirvientes que hoy están tan presentes en la imaginación de tantos lectores y telespectadores: “En 1891, según el censo oficial, los criados formaban uno de los grupos más numerosos de la población trabajadora: de una población de 29 millones entre Inglaterra y Gales, 1.386.167 mujeres y 58.527 hombres servían en casas particulares”. Y también ofrece uno de los datos más sangrantes y desmitificadores, presentes a lo largo de todo el libro: “De ellos, 107.167 muchachas

y 6.891 muchachos tenían entre diez y quince años”. Y abundaba: “Estos niños trabajaban desde el amanecer hasta ya entrada la noche por unos pocos chelines al mes y tal vez medio día libre a la semana si sus patrones eran considerados. Se les exigía llevar uniforme o librea, y sus vidas se regían por normas estrictas. Dormían en buhardillas apenas amuebladas y vivían y trabajaban en las zonas más bajas y oscuras de las grandes viviendas victorianas y las casas nobles”. Tenían accesos separados, escaleras separadas y viviendas separadas de las de sus señores.

¿Cómo aguantaban? ¿De dónde nacía esa resignación? Dawes analizaba también los mecanismos psicológicos de dominación que subyacían a dicha realidad, en la que la idea del orden natural, signado por una lectura parcial de la Biblia y con el concurso de un clero ultraconservador, reforzaba el *statu quo* como una muestra de devoción. En palabras del sacer-


 EN 1891, 107.167 MU-
 CHACHAS Y 6.891 MU-
 CHACHOS QUE TE-
 NÍAN ENTRE 10 Y 15
 AÑOS TRABAJABAN
 DESDE EL AMANE-
 CER A LA NOCHE



dote anglicano John Keble utilizadas entonces, “La rutina diaria y las tareas sencillas / nos proporcionarán todo lo que necesitamos, / espacio para sacrificarnos, un camino / que cada día nos acerque más a Dios”. O, mucho más atrás en el tiempo, en Efesios VI, 5-6: “Sirvientes, obedeced a quienes son vuestros amos en el mundo, con miedo y temblor, con lealtad de corazón, como a Cristo”.

El gran valor histórico del libro son los testimonios recabados por Dawes, que componen la mitad del estudio. Algunos de ellos, como el de una tercera doncella de una casa de campo de Lincolnshire en 1913, remiten a escenas muy habituales en series y libros que hoy nos atraen: “Cuando nos cruzábamos por el pasillo trasero del piso superior, el mayordomo me besaba, y no era lo único que me hacía. Yo le sonreía si entraba en el comedor de la servidumbre para quejarse del ruido después de la cena. La doncella jefe decía: ‘¿Cómo te atreves a sonreírle al mayordomo?’ Creo que él siempre temía que yo lo delatara. Pero nunca lo hice”. Aunque entre los testimonios que van respuntando el libro hay cartas cómicas o ridículas, predominan los relatos trágicos y crueles que hablan de sufrimiento y humillaciones soportadas en un silencio que era el de toda una época.

Arriba y abajo no era una metáfora ideológica como es habitual en nuestros días. Como bien explica el autor, la relación entre criados y señores tenía una frontera física clara, una división geográfica insalvable. El propio diseño de las grandes casas estaba pensado con ese propósito, el de la escasa mezcla real de unos y otros. Rela-

~ Narrativa ~

Los restos de la aristocracia

Es una verdad universalmente aceptada que las novelas inglesas de las grandes mansiones necesitan mayordomos, lacayos y doncellas. El éxito de series británicas como *Downton Abbey* prolonga un argumento literario, la vinculación entre amos y sirvientes, que arranca en Shakespeare, pasa por las novelas rurales de Jane Austen y se moderniza con Kazuo Ishiguro, sin salir de las bibliotecas, arriba, ni de las cocinas y espacios para los criados, abajo. Las jerarquías de los sirvientes, hasta la Segunda Guerra Mundial, estaban tan estructuradas como la organización social general. El idealismo que emerge en las series, patronos y criados como una comunidad vinculada emocionalmente, no coincide con algunas novelas o libros sobre el tema. Julian Fellowes, guionista de *Downton Abbey*, recogió datos de las memorias reales de la cocinera Margaret Powell (1907-1984) *En el piso de abajo. Memorias de una cocinera inglesa de los años 20* (Alba). La historia de los domésticos en las grandes casas es el tema del ensayo de Jeremy Musson (1965) *Escaleras arriba y abajo. Historia de los criados en las casas de campo inglesas* (La Esfera). A través de memorias y cartas, Musson recompone la vida diaria de los sirvientes desde la Edad Media hasta el presente.

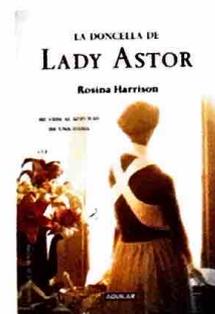
Son incontables las novelas británicas que especulan sobre la evolución de las relaciones entre amos y servidores. Nos detenemos en la aguda escritora Ivy Compton-Burnett (1884-1969), que publicó en 1947 *Criados y doncellas* (Anagrama). La rup-

tura de la sumisión de un criado se manifiesta con intensa violencia psicológica en la novela corta, de 1948, *El sirviente* (Cábarot Voltaire) del escritor y vizconde Robin Maugham (1916-1981).

Curiosamente, un escritor contemporáneo de origen japonés, Kazuo Ishiguro (1954), captó sutilmente el espíritu de un mayordomo en *Los restos del día* (Anagrama). En 1956, Stevens, el narrador, después de 30 años de servicio en Darlington Hall, presiente la decadencia. El nuevo patrón le sugiere viajar. Stevens, identificado con la grandeza de Darlington responde: “considero que durante todos estos años, sin salir de esta casa, he tenido el privilegio de ver lo mejor de Inglaterra”.

Ian McEwan (1948) destaca en su novela *Expiación* (Anagrama) las dificultades de la movilidad social en 1935. Robbie, el inteligente hijo de la criada de la familia Tallis, ha vuelto de la universidad y se enamora de la hija mayor, pero se verá envuelto en una falsa denuncia de violación. El regreso de las mansiones inglesas y sus inapelables diferencias sociales está generando novelas de variada calidad y la reedición de algunas biografías de interés. Las memorias de Rosina Harrison (1899-1989) rememoran treinta años al servicio de la

vizcondesa de Astor, la primera mujer que en 1919 ocupó un escaño en la Cámara de los Comunes. *La doncella de Lady Astor* (Aguilar), retrata las tiranías y también la seducción de la última época de la primacía aristocrática. **LOURDES VENTURA**



Robin Maugham
El sirviente





~ Series ~

Décadas a nuestro servicio

“Un aristócrata sin sirvientes es tan inútil como un martillo de cristal”. La frase es de Violet Crowley (Maggie Smith), la condesa viuda de Grantham. La cortante elocuencia de uno de los personajes clave de *Downton Abbey* (Julian Fellowes, 2010-2015) ha de servirnos como punto de partida para este breve repaso de algunos de los mayordomos que habitan los dramas de época británicos. En realidad, tan lapidaria sentencia ya establece la distinción de clase que separa a la servidumbre de sus empleadores, división que en los *period drama* posee un correlato arquitectónico como venía a demostrar *Arriba y abajo* (Jean Marsh, Eileen Atkins, John Hawkesworth & John Whitney, 1971-1985), teleserie seminal a la hora de comprender las interacciones entre señores y criados de la que Fellowes sigue extrayendo petróleo narrativo en sus recientes *Belgravia* (2020) o *La edad dorada* (2022).

En aquella mítica teleficción de la ITV situada en los albores del siglo XX que narraba todo cuanto acontecía en el 165 de Eaton Place, sobresalía la figura de Hudson (Gordon Jackson), el solícito y circunspecto mayordomo de los Bellamy, cuyo gusto por el orden y la tradición heredó el Charles Carson (Jim Carter) de *Downton Abbey*. En este tipo de producciones, entre las que abundan las miniseries basadas en adaptaciones literarias como la magnífica *Retorno a Brideshead* (VVA.A., 1981) o la versión serial de *Regreso a Howards End* (Hettie Macdonald, 2017), el servicio siempre tuvo una presencia relevante, si bien los personajes adscritos a las tareas domésticas rara vez estuvieron dotados de un interés genuino. Para encontrar mayordomos de perfil perenne conviene desplazarse



UN MOMENTO DE *DOWNTON ABBEY*. EN PRIMER TÉRMINO, ELIZABETH MCGOVERN Y HUGH BONNEVILLE, CONDESA Y CONDE DE GRANTHAM

hacia la comedia y recordar al Edmund Blackadder (Rowan Atkinson) de la tercera temporada de *La Víbora Negra* (Richard Curtis & Rowan Atkinson, 1983-1989), el astuto sirviente del estúpido Príncipe de Gales que interpretaba Hugh Laurie. Precisamente en *Jeeves and Wooster* (Clive Exton, 1990-1993) Laurie encarnaba a Bertie Wooster, un joven ocioso y despreocupado al que su ayuda de cámara, el perspicaz Jeeves (Stephen Fry), sacaba continuamente de apuros. Aunque, como en aquella adaptación de las novelas de P. G. Wodehouse, la mayoría de las teleseries referidas se sitúan entre las postrimerías del siglo XVIII y principios del XX, en *Zafarrancho en Cambridge* (Robert Knights, 1987), ambientada en los 80, la delimitación de esos dos estratos sociales permanece inalterada gracias a la labor de Skullion (David Jason), trasunto moderno del mayordomo decimonónico que vela por la salud de la institución y de las tradiciones y que, como Hudson o Carson, se ha ganado un hueco en la estantería de nuestro recuerdo. **ENRIC ALBERO**

ción consignada en libros de contabilidad estrictos en los que no se permitía la menor licencia ni dispendio entre las criadas, lacayos, limpiabotas, etc. Son interesantes los cuadros contables que el libro reproduce, pues dan idea del rigor con el que se imponía una austeridad al servicio que contrastaba con la vida de lujos y ornatos de los señores. Un dinero que los criados enviaban a unas familias

EN EL LIBRO
PREDOMINAN LOS
RELATOS TRÁGICOS
Y CRUELES
QUE HABLAN DE
SUFRIMIENTO Y
HUMILLACIONES

depauperadas que se consideraban afortunadas por tener a un familiar en una casa señorial.

En la segunda mitad del libro Dawes narró los cambios y progresos en el trato a los sirvientes. Progresos escasos que avanzaron más por las necesidades sociales que impusieron las guerras mundiales y la nueva economía que por una conciencia moral de la ilegitimidad de una relación de vasallaje que

duró demasiado tiempo a juicio del autor. Hasta su propia madre, sin ir más lejos. “Los criados tenían muy pocas ocasiones de conocer a personas de fuera de su pequeño mundo del sótano”, escribe al narrar las relaciones sentimentales y sexuales que se establecían entre ellos, como tantas veces se ha visto en el cine o leído en novelas. Pero las revoluciones industriales y sociales no pasaron en vano,



tampoco en aquellos sótanos, como cuenta una sirvienta de una mansión en 1924: “La cocina era nuestra salita, muy grande, con dos mesas y tres sillas de madera (sin cojines). Todas estábamos locas por la música popular, pues eran los primeros tiempos del charlestón. Mi amiga y yo lo aprendimos muy bien apoyándonos en los respaldos de nuestras sillas, hasta que entraba la señora diciendo: ‘¿Pero qué es este ruido espantoso?’”.

Nunca delante de los criados, que se preguntaba al principio por qué había desaparecido ese mundo idealizado, hace un repaso histórico, político y social que termina con un testimonio

¿CÓMO AGUANTABAN? ¿DE DÓNDE NACÍA ESA RESIGNACIÓN? DAWES ANALIZABA LOS MECANISMOS PSICOLÓGICOS DE DOMINACIÓN

de entonces que puede hoy aplicarse a otros ámbitos: “Creo que la razón por la que es difícil encontrar sirvientas hoy no es la falta de preparación, sino que éstas no están contentas con los salarios y las horas de trabajo. Tampoco lo están con muchas cuestiones [...] de estatus social, pero los horarios y los sueldos son fundamentales”. **ANTONIO G. MALDONADO**



KELLY MCDONALD Y MAGGIE SMITH EN *GOSFORD PARK*, DE ROBERT ALTMAN. A LA DERECHA, EMMA THOMPSON Y ANTHONY HOPKINS EN *LO QUE QUEDA DEL DÍA*, DE JAMES IVORY

~ Cine ~

Adaptaciones, tragicomedias y cine de género

El mundo de criados y señores de la Inglaterra del XIX y principios del XX ha encontrado en la televisión su medio ideal, quizá porque la coralidad propia del género y lo intrincado de las relaciones humanas que desarrolla se adapta mejor a la narrativa seriada que a la concreción que implican los habituales 120 minutos de metraje. De manera que la filmografía sobre el tema dista de ser tan rica y variada como lo es en el universo catódico.

Buena parte de la producción cinematográfica sobre aristócratas y vasallos tiene un origen literario, casi siempre en clave de drama romántico. Desde las múltiples adaptaciones de la novela *Jane Eyre* de Charlotte Brontë —de *Alma rebelde* (Robert Stevenson, 1943), con Orson Welles y Joan Fontaine, a las versiones de Franco Zeffirelli de 1996 o de Cory Joji Fukunaga en 2011—, pasando por la taquillera traslación a la gran pantalla de *Expiación* de Ian McEwan, rodada por Joe Wright en 2007, o los incontables filmes sobre Lady Chatterley, el célebre personaje de H. D. Lawrence, que por su contenido erótico han caldeado las salas de manera recurrente.

Sin embargo, por encima de cualquier otra adaptación, destaca la que James Ivory estrenó en 1993 de *Lo que queda del día*, la novela de Kazuo Ishiguro. En ella, un pletórico Anthony Hopkins da vida al obstinado Sr. Stevens, primer mayordomo de

la mansión de un aristócrata destinado al derrumbe por su simpatía hacia el nazismo. Apegado a la vida cautiva, ordenada, metódica y servicial de su oficio, Stevens renuncia al amor de la señorita Kenton (Emma Thompson), nueva ama de llaves, en un filme que reluce como un sutil melodrama.

Sin embargo, nadie ha retratado la relación entre potentados y servicio con tanta mala baba e ironía como Robert Altman en la prodigiosa tragicomedia *Gosford Park* (2001), que curiosamente escribió Julian Fellowes, *showrunner* de la serie *Downton Abbey* (que no hay que olvidar que cuenta con dos inanes secuelas cinematográficas, estrenadas en 2019 y 2022). Valiéndose de una estructura típica del *whodunit* a lo Agatha Christie, Almant consigue dotar de entidad a cada uno de los personajes de un elenco interminable de estrellas del cine británico (Maggie Smith, Kristin Scott Thomas, Michael Gambon, Clive Owen, Derek Jacobi, Emily Watson, Stephen Fry...) para hacer un retrato que no deja títtere con cabeza y en el que las barreras entre uno y otro estrato se destruyen bajo las pasiones sicalípticas.

Tampoco habría que olvidar que el cine de género también ha abordado esta temática, siendo inolvidables filmes como *Rebeca* (Alfred Hitchcock, 1940) o *El sirviente* (Joshep Losey, 1963). **JAVIER YUSTE**